

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Bajo Apremio

NO. 1411

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 28 DE ABRIL DE 1878
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron”. 2 Corintios 5: 14.

El apóstol y sus hermanos eran desprendidos en todo lo que hacían. Pablo podía decir de sí mismo y de sus hermanos que, aun cuando variaran sus modos de acción, siempre conservaban el mismo objetivo a la vista: vivían únicamente para promover la causa de Cristo y bendecir a las almas de los hombres. El apóstol dice: “Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros”. Algunos pudieran haber dicho que Pablo era demasiado excitable y que se expresaba rotundamente. “Bien” –decía- “si es así, es para Dios”. Otros pudieran haber notado que la facultad de razonamiento de Pablo era sumamente poderosa, y pudieran haber pensado que era fríamente argumentativo. “Pero” –decía Pablo- “si somos cuerdos, es para vosotros”.

Visto desde algunos ángulos, el apóstol y sus colaboradores deben de haber parecido fanáticos delirantes comprometidos en una empresa quijotesca, que estaban medio desquiciados si es que no lo estaban por completo. Uno que había oído al apóstol contar la historia de su conversión exclamó: “Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco”; y, sin duda, muchos que vieron el cambio singular en su conducta y que sabían a lo que había renunciado y lo que había soportado por su nueva fe, hubieron de concluir lo mismo. Pablo no se sentiría en absoluto ofendido por ese veredicto, pues recordaría que su Señor y Maestro había sido acusado de locura y que incluso los propios parientes de nuestro Señor habían dicho: “Está fuera de sí”. A Festo le había respondido: “No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura”; y a algunos impugnadores de Corinto les había dado todavía una respuesta más amplia.

Bienaventurados quienes son acusados de estar locos debido a su celo por la causa de Jesús; ellos tienen una respuesta más que

satisfactoria cuando pueden decir: “Si estamos locos, es para Dios”. No es algo inusual que los locos piensen que los demás están locos, y no es algo extraño que un mundo loco acuse de ser necios y lunáticos a los únicos seres moralmente sanos que habitan en medio de los hombres. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos. Si otros asediaban al apóstol con alguna otra acusación, insinuando que su locura era metódica, que el hecho de que a todos se hubiera hecho de todo mostraba un exceso de prudencia y que sin duda era un medio para un fin, sugiriendo que ese fin era un deseo de poder, Pablo les podía responder de manera sumamente contundente: “Si somos cuerdos, es para vosotros”. Pablo había actuado tan desinteresadamente que podía apelar a la iglesia de Corinto, pidiéndoles que dieran testimonio de que no buscaba lo que era de ellos, sino a ellos, y que si había juzgado sus desórdenes con gran cordura había sido por causa de ellos. Para todo lo que hacía, o sentía, o sufría o decía, tenía un solo designio y ese designio era la gloria de Dios en el perfeccionamiento de los creyentes y en la salvación de los pecadores.

Todo ministro cristiano debería ser capaz de usar las palabras del apóstol sin la más mínima reserva, sí, y todo cristiano debería ser capaz de decir también lo mismo: “Si estoy excitado, es en defensa de la verdad; si soy cuerdo, es por el mantenimiento de la santidad; si parezco extravagante es porque el nombre de Jesús enardece lo más íntimo de mi alma; y si soy de espíritu moderado y de disposición reflexiva, es para poder promover de la manera más sabia los intereses del reino de mi Redentor”.

Que Dios nos conceda que, ya sea llorando o cantando, ansiosos o esperanzados, victoriosos o derrotados, creciendo o disminuyendo, exaltados o deprimidos, persigamos todavía nuestro propósito y que nos entreguemos a la sagrada causa. Que vivamos para ver iglesias constituidas por personas que están resueltas a hacer una cosa, y que esas iglesias tengan unos ministros aptos para dirigir a tales personas, gracias a que ellos están dominados también por el mismo propósito sagrado. Que el fuego que antaño cayó en el Carmelo caiga sobre nuestro altar -donde yace el sacrificio que ha sido remojado hasta una segunda y una tercera vez por el mar salado del mundo- para consumir el holocausto, y la madera, y las piedras, y el polvo, y lamer el agua que está en la zanja. Entonces toda la gente lo verá, y se postrará y clamará: “¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!”

El apóstol prosigue ahora explicándonos la razón por la que toda su conducta y la de sus colaboradores tendían a un fin y a un objetivo.

Dice: “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron”. Yo les doy aquí la traducción más exacta posible (1).

Voy a notar dos cosas en el texto: primero, *bajo apremio*; en segundo lugar, *bajo un apremio que su entendimiento justificaba*.

I. Nuestro principal punto estará bajo el encabezado: “BAJO APREMIO”. He ahí al apóstol, un hombre nacido libre, un hombre que disfrutaba de una mayor libertad espiritual que todos los demás, gloriándose porque estaba siendo apremiado. Estaba siendo apremiado porque *una gran fuerza lo mantenía bajo su poder*. “El amor de Cristo nos constriñe”. Yo supongo que “nos constriñe” es probablemente la mejor traducción que pudiera encontrarse para este pasaje. Pero también podría traducirse como: “nos restringe”. El amor de Cristo restringe a los verdaderos creyentes de ser egoístas, y les impide perseguir cualquier otro objetivo que no sea el más sublime. Ya fuera que estuvieran locos o cuerdos, los primeros santos se sometían a una restricción divina, así como un buen barco responde a su timón o un caballo obedece a la rienda. No carecían de la fuerza restrictiva para prevenir la más mínima sujeción a motivos impuros. El amor de Cristo los controlaba y los sometía a su poder. Pero la palabra ‘restringir’ expresa sólo una parte del sentido, pues también significa que Pablo estaba “forzado o presionado”, y, por tanto, que estaba propulsado como alguien que era movilizadado por una presión. El amor de Cristo lo presionaba por todos lados alrededor suyo así como el agua de un río presiona al nadador y lo arrastra en su corriente. Bengel, quien es una reconocida autoridad, entiende el pasaje así: “Nos mantiene empleados”, pues somos inducidos a la diligencia, urgidos al celo, guardados en la perseverancia y propulsados por el amor de Jesucristo. Los apóstoles trabajaban arduamente, pero toda su labor provenía del impulso del amor de Jesucristo. Tal como Jacob trabajó arduamente por Raquel por amor a ella exclusivamente, así los verdaderos santos sirven al Señor Jesús bajo la imponente imposición del amor.

Un eminente expositor traduce la palabra así: “nos contiene”, como si significara que los siervos del Señor eran mantenidos juntos y conservados como un grupo bajo una bandera o estandarte, y cita muy atinadamente las palabras de la iglesia en el Cantar: “Su bandera sobre mí fue amor”. Así como los soldados son juntados y reagrupados bajo la bandera, así los santos son sustentados en la obra y en el servicio a su Señor por el amor de Cristo que los constriñe a soportar todas las cosas por la causa de los elegidos y por

la gloria de Dios. Es como la enseña izada en el centro y como la piedra imán de todas sus energías. En el amor de nuestro Señor tenemos el mejor motivo para practicar la lealtad, la mejor razón para tener energía y el mejor argumento para desarrollar la perseverancia.

La palabra puede significar también “comprimido” y entonces querría decir que todas las energías son comprimidas en un solo canal y son echadas a andar por el amor de Cristo. ¿Puedo condensar esas palabras: ‘restricción’ y ‘constreñimiento’, y todas las demás palabras en una sola, agrupándolas en una sola figura? Pienso que podría hacerlo. Cuando una inundación anega una extensión de terreno de una vega y se empoza formando charcos de poca profundidad, los hombres la restringen conteniéndola en una represa y la constriñen a formar un canal poniéndole diques. Así, una vez comprimida, se convierte en un torrente que se mueve con fuerza en una dirección. Vean cómo apresura su paso, vean cuánta fuerza acumula: mueve aquella rueda de molino, lava a una oveja, salta como una cascada, atraviesa gorjeando una aldea en la forma de un torrente en el que permanece el ganado bajo el sol del verano. Va creciendo en todo momento hasta convertirse en un río que puede transportar lanchas y barquitos; y hecho esto, crece todavía sin detenerse hasta que fluye con aguas potentes hacia el gran mar.

El amor de Cristo había comprimido las energías de Pablo en una sola fuerza, las había canalizado y las había propulsado con una fuerza sorprendente hasta convertir al apóstol y a sus compañeros en una poderosa fuerza para el bien, siempre activos y llenos de energía. “El amor de Cristo”, -dice- “nos constriñe”.

Todas las grandes vidas han estado bajo el apremio de algún principio dominante. Un hombre que es inconstante y que no persevera en nada es un don nadie; un hombre que desperdicia la vida en caprichos y fantasías, en ocios y placeres, nunca logra nada: se desliza sobre la superficie de la vida sin dejar una mayor huella sobre su época que la que deja un pájaro en su vuelo en el cielo; pero cuando un hombre se enfoca en algo, se vuelve grande, incluso para lo malo. ¿Qué hizo notable al joven príncipe de Macedonia, Alejandro el Grande, sino la concentración de su mente entera en un deseo de conquista? El hombre no era feliz jamás cuando estaba tranquilo y en paz. Sus mejores días los pasaba en el campo de batalla o en la marcha. Mírenlo apresurarse al frente de batalla haciendo que el soldado más común se convierta en un héroe al observar el temerario valor de su rey, y entonces entenderán la

grandeza del hombre. Él no habría podido ser nunca el conquistador del mundo si no hubiera sido apremiado por la insaciable ambición de conquista. De ella provienen también los Césares y los Napoleones; son hombres de una sola pieza en su ambición que están sujetos a una sola pasión de dominio.

Ese mismo hecho queda muy claro cuando trasladas el pensamiento a una mejor y más santa esfera. Howard no habría podido ser jamás el gran filántropo que fue, si no hubiese estado extrañamente sujeto al embrujo del amor por los prisioneros. Era más feliz en un hospital o en una prisión de lo que habría sido en la corte o en el sofá de la sala de su hogar. Ese hombre no podía evitar visitar las cárceles. Era un cautivo de la simpatía que sentía por los hombres en cautiverio, y así se pasó la vida buscando su bien. Miren a alguien como Whitefield o como su colega Wesley. Esos hombres sólo tenían un pensamiento que consistía en ganar almas para Cristo; su ser entero corría sobre el lecho del río del cielo por Dios, que los hacía desbordantes y poderosos como el caudaloso Ródano. Trabajar para Cristo era como un descanso para ellos. Era un honor ser aporreados mientras predicaban así como ser calumniados por el nombre de Jesús; un obispado o un asiento en la Cámara de los Lores habrían sido su muerte; incluso un trono habría sido un potro de tormento si a cambio de ello hubieran tenido que dejar de buscar almas. Esos hombres estaban bajo el dominio de una pasión que no podían resistir y a la que no deseaban restarle vitalidad. Podían cantar:

**“El amor de Cristo en verdad me constriñe
A buscar las almas descarriadas de los hombres;
Con clamores, súplicas y lágrimas, a salvarlas
Y arrebatárlas de la ola de fuego”.**

Su vida entera, su ser, su pensamiento, sus facultades, su espíritu, su alma y su cuerpo se convirtieron en algo único e indivisible en cuanto a propósito, y su condición de hombres santificados los impulsaba irresistiblemente, de tal manera que podrían ser comparados con rayos arrojados por la mano eterna que tienen que seguir adelante hasta alcanzar su objetivo. Para ellos era tan imposible dejar de predicar como es imposible para el sol dejar de brillar o revertir su curso en los cielos.

Ahora, este tipo de apremio no implica ninguna compulsión ni involucra ninguna servidumbre. Es el más alto nivel de libertad, pues cuando un hombre hace exactamente lo que le gusta hacer, si quisiera expresar la alegría entusiasta y la dicha con los que

desempeña sus actividades, usaría generalmente un lenguaje similar al de mi texto. “Vamos” –dice- “estoy absorto en mi estudio favorito; me cautiva; no puedo resistirme a sus encantos, me tiene hechizado”. ¿Acaso el hombre es menos libre por ello? Si alguien se entrega por completo a alguna ciencia o a cualquier otra ocupación, aunque sea perfectamente libre de abandonarla cuando quiera, declarará comúnmente que no puede dejarla, que lo tiene cautivado de tal manera que se ha vuelto un adicto a ella. No han de pensar, por tanto, que cuando hablamos de que estamos bajo apremio por causa del amor de Cristo, queremos decir con ello que hemos cesado de ejercitar nuestras voluntades o que hemos dejado de ser agentes voluntarios en nuestro servicio. Lejos de eso, reconocemos que nunca somos tan libres como cuando estamos encadenados a Cristo. No, nuestro Dios no nos constriñe por medio de la fuerza física. Sus cuerdas son de amor, y las Suyas son cuerdas humanas. Nos alegramos de sentir ese apremio; damos un pleno asentimiento a su presión y en eso radica su poder. Nos regocijamos al admitir que “el amor de Cristo nos constriñe”, y sólo deseáramos que el apremio aumentara cada día.

Hemos visto que Pablo contaba con una gran fuerza que lo sustentaba; demos un paso más y notemos que *la fuerza apremiante era el amor de Cristo*. Pablo no habla de *su* amor a Cristo; ese era también un gran poder, aunque era secundario al primero, pero a Pablo le basta mencionar al mayor ya que incluye al menor: “El amor de Cristo nos constriñe”, esto es, el amor de Cristo por nosotros es la fuerza dominante. Y, oh, hermanos, es una dicha someterse a ese poder; es una fuerza digna de comandar a las mentes más grandes. “El amor de Cristo”. ¿Quién podría medir esa fuerza omnipotente? Ese amor, de acuerdo a nuestro texto, es más fuerte cuando es visto en Su muerte por los hombres. Fijense en el contexto: “Pensando esto: que si uno murió por todos”. El peculiar despliegue del amor de Cristo que tuvo una suprema influencia sobre Pablo, fue el amor revelado en Su muerte sustitutiva. Piensen en ello por un momento. Cristo, el siempre bendito, a quien no le podía sobrevenir ningún dolor, ningún sufrimiento, ninguna vergüenza, amó a los hombres. ¡Oh, qué amor tan singular! ¡Él ama a los hombres culpables, sí, ama a Sus enemigos! Por amor a los pobres hombres caídos asumió la naturaleza de ellos y se hizo hombre. ¡Cuán maravillosa condescendencia! El Hijo de Dios es también el Hijo de María, y estando en la condición de hombre, se humilla a Sí mismo y se despoja a Sí mismo. ¡Véanlo siendo llevado ante jueces humanos y siendo condenado injustamente; véanlo siendo sujetado por los custodios romanos y siendo azotado con el látigo! Contemplan un

poco más y véanlo clavado a un patíbulo, colgado como un criminal, abandonado entre escarnios y mofas y crueles miradas y palabras maliciosas hasta morir desangrado, y cuando muere, es colocado en un sepulcro. Detrás de todo ello está el misterio de que no sólo murió, sino que murió en lugar de otros, soportando la ira todopoderosa, padeciendo esa terrible sentencia de muerte que acompaña al pecado del hombre. Hay un verdadero amor, en verdad, en el hecho de que el Ser infinitamente puro sufriera por los pecadores, el justo por los injustos para llevarnos a Dios. El amor nunca alcanzó una altura tan sublime como cuando condujo a Jesús al madero sangriento para recibir la terrible sentencia de la ley inexorable. Piensen en este amor, amados, hasta sentir su impelente influencia. Era un amor eterno, pues mucho antes que la tierra fuera formada, la Palabra eterna ya había fijado sus ojos en Su pueblo, y los nombres de ellos ya habían sido grabados en Su corazón. Era un amor desinteresado, pues no tenía nada que ganar de parte de Sus redimidos; había suficientes arpas en el cielo y suficientes cantos en la ciudad celestial para que no se necesitara la música de ellos. Se trataba de un amor sumamente libre y espontáneo pues nadie lo había buscado y nadie había ni siquiera soñado con él. Era un amor sumamente perseverante, pues cuando el hombre nació al mundo, y pecó, y rechazó a Cristo, y Él a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron, los amó aún así y los amó hasta el fin. Era un amor... ¿qué diré acerca de ese amor? Si fuera a multiplicar las palabras, en vez de alzar sus pensamientos podría más bien hundirlos. ¡Fue un amor infinito, inmensurable, inconcebible! Sobrepassa el amor de las mujeres, aunque el amor de las madres es fuerte como la muerte y los celos son crueles como el sepulcro. Sobrepassa el amor de los mártires, aunque ese amor ha triunfado sobre la furia de la flama. Todas las otras luces del amor empalidecen en su ineficaz brillantez ante este deslumbrante sol de amor, cuyo calor el hombre puede sentir, pero en cuya suprema luz ningún ojo puede posarse. Él nos amó como Dios. Era nada menos que el propio amor de Dios el que ardía dentro de ese pecho que fue desnudado ante la lanza para redimirnos de descender al abismo. Es esta fuerza, entonces, la que ha tomado posesión de la mente del cristiano, y la que, como dice Pablo: “nos constriñe”.

Ahora podemos dar un paso más y decir que *el amor de Cristo opera engendrando en nosotros amor por Él*. Hermanos amados, yo sé que ustedes aman a nuestro Señor Jesucristo, pues todo Su pueblo lo ama. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”. Pero, ¿qué diré? Difícilmente hay algunos otros temas sobre los que me siento menos capaz de hablar que estos dos: el amor de Cristo por

nosotros y nuestro amor por Él, porque, de alguna manera, el amor necesitaría otra lengua diferente de la que habita en la boca que estuviera ubicada en alguna otra parte. Nuestra lengua está en la cabeza y puede expresar, por tanto, nuestros pensamientos; pero necesitaríamos una lengua en el corazón que expresara aquellas emociones que ahora tienen que pedir prestada la expresión del defectuoso orador del cerebro. Hay un amplio espacio entre el cerebro frío y el llameante corazón y los asuntos se enfrían mientras van en camino hacia la lengua, de tal manera que el corazón ardiente se cansa de las frías palabras.

Pero, oh, nosotros amamos a Jesús. Hermanos y hermanas, nosotros lo amamos verdaderamente. Su nombre es dulce como el panal de miel y Su palabra es preciosa como el oro de Ofir. Su persona es muy querida para nosotros; de Su cabeza a Sus pies todo Él es codiciable. Cuando al fin nos acerquemos a Él y lo veamos, me parece que nos desmayaremos por el exceso de gozo al contemplarlo, y yo soy uno de los que no piden un cielo más allá de una visión Suya y de un sentido de Su amor. No dudo de que disfrutaremos de todas las armonías, de todos los honores y todos los compañerismos del cielo, pero si todo eso fuese suprimido, no creo que representaría una considerable diferencia para nosotros, siempre y cuando pudiéramos ver a nuestro Señor en Su trono, y viéramos cumplida Su propia oración: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria”. Él es nuestra felicidad, sí, Él es todo en todo.

¿No consideran que los sermones más dulces que oyen son aquellos que están más impregnados de Él? Cuando tengo la oportunidad de oír algunas veces algún sermón, me enferma escuchar los finos intentos que se hacen para diluir el Evangelio con filosofías, o escuchar algunos sutiles ensayos que son mejor descritos como un cascabeleo de elegantes palabras. Pero puedo oír arrobado al hermano más iletrado y torpe de labios si su corazón arde en su interior, y si habla desde su corazón de mi Señor, el Bienamado de mi alma. Nos alegra estar en el lugar de reunión cuando Jesús está adentro, pues ya sea en el Tabor con dos o tres, o en la congregación de los fieles, cuando Jesús está presente es bueno estar allí. Ese sentimiento de gozo que experimentas cuando oyes hablar sobre Jesús demuestra que tú amas Su persona, y tus esfuerzos por divulgar el Evangelio demuestran que amas Su causa. El amor de Cristo por ustedes los ha conducido a desear la llegada de Su reino, y sienten que podrían dar su vida para extender los límites de Sus dominios, pues Él es un Rey glorioso y todo el mundo debería

saberlo. Oh, que pudiéramos ver a todas las naciones inclinándose ante Su cetro de paz. Lo amamos tanto que no podremos descansar nunca hasta que la tierra entera sonría en la luz de Su trono.

En cuanto a esta verdad, una parte sustancial de nuestro amor por Cristo se muestra por el apego al Evangelio puro. Yo no tengo mucha paciencia con una cierta clase de cristianos que, en nuestros días, están dispuestos a oír a cualquiera persona que predica en tanto que puedan decir: “él es muy hábil, es un excelente predicador, un hombre de genio, un orador nato”. ¿Acaso es habilidad hacer que una falsa doctrina sea grata al paladar? Vamos, señores, la habilidad de un hombre que predica el error es para mí motivo de aflicción más bien que de admiración. No puedo tolerar la falsa doctrina, prescindiendo de cuán pulcramente pudiera ser presentada. ¿Acaso querrías que comiera carne envenenada sólo porque el plato es del más selecto material? Me indigna oír que otro evangelio sea presentado a la gente con palabras seductoras por hombres que gustosamente harían de las almas una mercancía; y me maravillan aquéllos que tienen finas palabras para tales engañadores. “Eso es intolerancia tuya”, dirá alguien. Llámala así si quieres, pero es la misma intolerancia del amoroso Juan cuando escribía: “Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido!, participa en sus malas obras”.

Pluguiese a Dios que todos tuviéramos un poco más de esa decisión, pues su carencia priva a nuestra vida religiosa de su espina dorsal y sustituye la virilidad honesta con la masa de la trémula gelatina de la mutua adulación. Quien no odia lo falso no ama lo verdadero, y aquel para quien da lo mismo si la palabra es de Dios o del hombre, no tiene un corazón regenerado. Oh, si algunos de ustedes fueran como sus padres, no habrían tolerado en esta época las carretadas de basura bajo las que el Evangelio ha sido sepultado últimamente por ministros elegidos por ustedes mismos. Habrían arrojado fuera de los púlpitos de sus iglesias a los hombres que son enemigos de las doctrinas fundamentales, pero que son lo suficientemente astutos para convertirse en sus pastores y para socavar la fe de una generación voluble y superficial. Esos hombres se roban los púlpitos de iglesias otrora ortodoxas, porque de otra manera no tendrían acceso a ningún púlpito en absoluto. Su impotente teología no puede despertar por sí misma el suficiente entusiasmo que les permitiera construir una ratonera a costa de sus admiradores, y, por tanto, profanan las casas que sus antepasados construyeron para la predicación del Evangelio, y descarrían a las organizaciones de

comunidades antes ortodoxas para promover su infidelidad; yo la llamo en claro inglés por ese nombre, pues el “pensamiento moderno” no es ni una pizca mejor, y de esos dos males yo le doy la palma a la infidelidad, pues es menos engañosa. Le pido al Señor que les devuelva a las iglesias mucho amor por Su verdad para que puedan discernir los espíritus y echar fuera a quienes no son de Dios. Comparto algunas veces el sentimiento de Juan, de quien se dice que, aunque era el más amoroso de todos los espíritus, con todo, era el más decidido de todos por la verdad; y cuando fue a los baños y encontró que el hereje, Cerinto, estaba allí, se apresuró a salir del edificio pues no aceptaría quedarse en el mismo sitio con él. Hay algunas personas con quienes no deberíamos tener ninguna comunión, es más, con quienes ni siquiera deberíamos compartir el pan, pues aunque esa conducta pareciera severa y dura, es según la mente de Cristo, pues el apóstol hablaba por inspiración cuando dijo: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema”. De acuerdo al afeminamiento moderno deberíamos decir: “Que se le hable amablemente en privado, pero les ruego que no hagan un revuelo. No cabe duda de que el buen hermano piensa muy originalmente y no deberíamos cuestionar su libertad. Sin duda él cree lo mismo que nosotros, sólo que hay una pequeña diferencia en cuanto a los términos”. Eso es una traición a Cristo, una infidelidad a la verdad y una crueldad para con las almas. Si amamos a nuestro Señor guardaremos Sus palabras y nos apegaremos a la fe, abandonando a los falsos maestros, lo cual no es inconsistente con la caridad, pues el amor más verdadero por los que yerran no es fraternizar con ellos en su error, sino ser fieles a Jesús en todas las cosas.

El amor de Jesucristo genera en los hombres una profunda adhesión al Evangelio, especialmente a las doctrinas que se aglutinan en torno a la persona de nuestro Señor; y yo pienso que más especialmente a esa doctrina que es la piedra angular entre todas, es decir, que Cristo murió en lugar de los hombres. El que toca a la doctrina de la sustitución toca a la niña de nuestros ojos; quien la niega le roba a nuestra alma su única esperanza, pues de allí recibimos toda nuestra consolación para el presente y nuestra expectativa para los días venideros. Entonces, una gran fuerza sustentaba al apóstol y esa fuerza era el amor de Cristo que a su vez producía en él amor por Cristo.

Ahora, *esta fuerza actúa proporcionalmente en los creyentes*. Actúa más o menos en todo cristiano, pero difiere en grado. Todos

nosotros estamos vivos, pero el vigor de la vida difiere grandemente en un tísico y en un atleta, y de igual manera, el amor de Jesús actúa sobre todos los hombres regenerados pero en diferente medida. Cuando un hombre es perfectamente influenciado por el amor de Cristo, es un perfecto cristiano; cuando el hombre está de manera creciente bajo la influencia del amor de Cristo, es un cristiano en crecimiento; cuando el hombre es afectado sinceramente por el amor de Cristo, es un cristiano sincero; pero aquel hombre sobre quien el amor de Cristo no tienen ningún poder, no es un cristiano en absoluto.

“Yo pensaba” –dirá alguno- “que la fe era el punto principal”. Ciertamente, pero la fe obra por amor, y si tu fe no obra por amor, no es la fe que salva al alma. El amor nunca deja de florecer ahí donde la fe echa sus raíces.

Amados, ustedes sentirán el poder del amor de Cristo en su alma en proporción a los siguientes puntos: En proporción a que lo *conozcan*. Estudien, entonces, el amor de Cristo; escarben hondo y aprendan sus secretos. Son cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles. Observen su eternidad: sin principio. Su inmutabilidad: sin cambio. Su infinitud: sin medida. Su eternidad: sin fin. Piensen mucho en el amor de Cristo hasta comprender con todos los santos cuál sea su anchura, y su longitud, y conforme lo conozcan comenzarán a sentir su poder. Su poder será también proporcional al sentimiento que de él tengan. *¿Sienten* el amor de Dios derramado en abundancia por el Espíritu Santo en su corazón? Conocerlo es bueno, pero disfrutarlo como resultado de creerlo es aún mejor. Cuando piensan que Jesús los amó y se entregó por ustedes, ¿no provoca eso algunas veces que broten lágrimas de sus ojos? Por otro lado, ¿no sienten a veces como si, al igual que David, pudieran bailar delante del arca del Señor al pensar que el amor de Dios se hubiera fijado jamás en *ustedes*, que Cristo hubiera muerto por *ustedes*? ¡Ah, piensen y piensen de nuevo; por ustedes fue el sudor sangriento, por ustedes la corona de espinas, por ustedes los clavos, la lanza, las heridas, el corazón traspasado, todo, todo por amor a ustedes que eran Sus enemigos! En la proporción en que su corazón sea tierno y sensible a este amor, se convertirá en una influencia rectora para su vida entera. La fuerza de esta influencia también dependerá mucho de *la gracia* que habita en ustedes. Pueden medir su gracia por el poder que el amor de Cristo tiene sobre ustedes. Quienes habitan cerca de su Señor están tan conscientes de Su poder sobre ellos que las simples miradas de Sus ojos los llenan de un santo ardor. Si poseen mucha gracia serán movidos grandemente por el amor que

les proporcionó esa gracia y serán asombrosamente sensibles a ella, pero quien posee poca gracia -que es el caso de no pocas personas- puede leer la historia de la cruz sin emoción y contemplar la muerte de Jesús sin sentimiento. Que Dios nos libre de un corazón marmóreo, frío y duro.

El carácter tiene también mucho que ver con la medida en que sentimos el apremio del amor de Jesús: entre más semejantes a Cristo seamos más constreñidos por Cristo seremos. Amado hermano y amada hermana, ustedes tienen que lograr ser como Cristo por medio del Espíritu Santo y de la oración, y cuando lo hubieren logrado, Su amor tomará una posesión más plena de ustedes de la que tiene en este momento, y estarán más manifiestamente bajo su poder que constriñe.

Nuestro último punto bajo este encabezado es que doquiera que su energía sea sentida *operará según su género*. Las fuerzas obran de acuerdo a su naturaleza: la fuerza del amor genera amor, y el amor de Cristo engendra un amor afin. Quien siente el amor de Cristo actúa como Cristo actuaba. Si tú sientes realmente el amor de Cristo que lo llevó al sacrificio de Sí mismo, tú mismo serás también un sacrificio. “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos”. Por causa de nuestro Señor estimaremos todas las cosas como escoria por la excelencia de Su conocimiento. Oh alma, habiendo conocido y elegido a tu Señor no te quedará ninguna otra elección. Aquel camino conduce a la riqueza, pero si no glorifica a Cristo, de inmediato dirías: “Adiós riquezas”. Aquel otro camino conduce al honor; serás famoso si tomas esa senda, pero si sientes el poder de Su amor en tu alma y el honor no le proporcionara ninguna gloria a Cristo, dirías: “Adiós honor: abrazaré la vergüenza por Cristo, pues mi único pensamiento es sacrificarme por Aquel que se sacrificó a Sí mismo por mí”.

Si el amor de Cristo te constriñe te inducirá a amar a otros, pues el Suyo fue un amor por otros, un amor por quienes no le podían servir, por quienes no merecían nada de Sus manos. Si el amor de Cristo te constriñe, amarás especialmente a aquellos que no tienen ningún aparente derecho sobre ti, y que no pueden esperar justamente nada de ti, sino que, por el contrario, merecen tu censura. Dirás: “los amo porque el amor de Cristo me constriñe”. Pequeñas criaturas sucias de los bajos fondos, inmundas mujeres que contaminan las calles, viles hombres que salen de la cárcel meramente para repetir sus crímenes, estas son las humanidades

caídas a quienes aprendemos a amar cuando el amor de Cristo nos constriñe. No sé de qué otra manera podríamos preocuparnos por algunas pobres criaturas, si no fuera porque Jesús nos enseña a no despreciar a nadie y a no desesperar de nadie. A esas ingratas criaturas, a esas maliciosas criaturas, a esas criaturas abominablemente blasfemas y profanas a quienes te encuentras algunas veces y a las que rehúyes, debes amarlas porque Cristo amó al peor de los pecadores. Su amor por ti debe reflejarse en tu amor por los más indignos y los más viles. Él es tu sol; tú has de ser como la luna para la noche del mundo.

El amor de Jesucristo era un amor práctico. Él no amaba únicamente en pensamiento y en palabra, sino de hecho y en verdad, y si el amor de Cristo nos constriñe, dedicaremos nuestras almas a la obra y al servicio del amor; nos pondremos a trabajar realmente por los hombres, daremos limosnas de nuestra riqueza, soportaremos nuestra medida de sufrimiento, y dejaremos muy en claro que nuestro cristianismo no es de meras palabras, sino de claras obras; seremos como el becerro del holocausto que es colocado sobre el altar para ser consumido enteramente; no consideraremos nada excepto cómo podremos ser completamente consumidos por el celo de la casa de Dios, cómo sin reserva de ninguna facultad podremos ser enteramente consumidos en el servicio de nuestro Señor y Maestro. Que el Señor nos conduzca a eso.

II. EL APREMIO DEL QUE HEMOS HABLADO FUE JUSTIFICADO POR EL ENTENDIMIENTO DEL APÓSTOL. “Porque el amor de Cristo nos constriñe, *pensando esto*”. El amor es ciego. Un hombre puede decir que en los asuntos del amor él ejerce una tranquila discreción, pero yo me permito ponerlo en duda. Sin embargo, en el amor por Cristo puedes dejarte llevar de inmediato y puedes ser tan ciego como quieras, y, con todo, actuarías según el más sano juicio. El apóstol dice cálidamente: “El amor de Cristo nos constriñe”, y, con todo, agrega con frialdad, “*pensando esto*”. Cuando el entendimiento es la base del afecto, entonces el corazón del hombre es arreglado y su conducta se vuelve ejemplar en un alto grado. Así es aquí. Hay una firme base de juicio: el hombre ha sopesado y juzgado el asunto tanto como si el corazón estuviera fuera; pero la conclusión lógica es de una emoción tan completamente absorbente y de un afecto tan dominador como si el entendimiento quedara fuera del asunto. Su juicio era como el altar de bronce, frío y duro, pero sobre él puso los carbones del afecto ardiente, lo suficientemente vehemente en su llama para consumirlo todo. Lo mismo debería suceder con nosotros. La religión debería

ser para el hombre un asunto tanto del intelecto como del afecto, y su entendimiento debería ser siempre capaz de justificar la más fuerte pasión de su alma, como dice el apóstol que lo hacía en su caso y en el de los hermanos.

Tenían razones para todo lo que hacían, pues, primero, *reconocían la sustitución*: “Pensando esto: que si uno murió por todos”. Oh, hermanos, esta es la fuerza misma del esfuerzo cristiano: Cristo murió en lugar del pecador. Cristo es la fianza, el sacrificio y el sustituto de los hombres. Si se suprimiera de la religión cristiana la doctrina del sacrificio vicario, yo protesto que no quedaría nada que fuera digno de ser llamado: ‘revelación’. Esto es el corazón, la cabeza, las entrañas, el alma y la esencia de nuestra santa fe: que Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros, y por Su llaga fuimos nosotros curados. Los apóstoles creían firmemente que esto era un hecho, y gracias a esa fe desarrollaron un intenso amor por Jesús, hasta donde les fue posible. ¿Ocupó Jesús mi lugar? Oh, cuánto lo amo. ¿Murió por mí? Entonces Su amor me domina y a partir de ahora me mantiene como su cautivo voluntario. Oh, sagrado Sustituto, yo soy Tuyo y también todo lo que tengo es Tuyo.

A continuación *reconoció la unión con Cristo*, pues dijo: “Si uno murió por todos, luego todos murieron”, pues ese es el sentido, es decir, que todos aquellos por quienes Cristo murió, murieron en Su muerte. Su muerte por ellos fue la muerte de ellos. Él muere por ellos y ellos mueren en Él. Él resucita y ellos resucitan en Él. Él vive y ellos viven en Él. Ahora bien, si esto es realmente así, es decir, que ustedes y yo que hemos creído en Cristo somos uno con Cristo y somos miembros de Su cuerpo, entonces, aunque esa verdad ha de ser declarada fríamente, contiene fuego lo mismo que el pedernal. Si morimos en Jesús, estamos muertos a partir de ese momento para el mundo, para el yo y para todo, menos para nuestro Señor. Oh, Espíritu Santo, obra plenamente esta muerte en nosotros. El apóstol reconoce la consecuencia natural de la unión con el Señor agonizante y decide consumarla.

Hermanos, cuando Adán pecó nosotros pecamos, y hemos sentido el resultado de ese hecho; fuimos constituidos pecadores por el acto de nuestro primer representante, y cada día comprobamos que así es: cada niño que es llevado a la tumba da testimonio de que la muerte ocurre para todos los hombres puesto que todos pecaron en Adán, aunque no hayan pecado personalmente a la manera de su transgresión. Ahora bien, tal como nuestro pecado en Adán opera eficazmente en nosotros para mal, así nuestra muerte en Cristo tiene

que operar eficazmente para bien en nuestras vidas. Debe hacerlo así. ¿Cómo podría vivir para mí? Yo morí hace más de dieciocho siglos. Yo morí y fui sepultado, ¿cómo podría vivir para el mundo? Hace más de mil ochocientos años el mundo me colgó como un malhechor; sí, y yo he crucificado también al mundo en lo más profundo de mi corazón y a partir de entonces lo considero como un malhechor muerto. ¿Cómo habría de enamorarme de un mundo crucificado o de apetecer sus deleites? Nosotros morimos con Cristo.

“Ahora” –dice el apóstol- “el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron”. Todos los que estaban en Cristo, aquellos por quienes murió, murieron cuando Él murió, con todo lo que eso conlleva, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos. Somos uno con Cristo, y lo que Él hizo por nosotros, nosotros lo hicimos en Él, y por tanto, estamos muertos porque Él murió; por esa razón no debemos vivir más de la antigua manera egoísta, sino que debemos vivir sólo para el Señor. Esa es la base sobre la cual descansa el intelecto, y entonces los afectos se entregan a la sagrada fuerza del amor agonizante de Jesús.

Concluyo con las siguientes reflexiones, exponiéndolas muy brevemente.

La primera reflexión es: cuán diferente es la conclusión del apóstol de la de muchos profesantes. Ellos dicen: “Si Cristo murió una sola vez por todos, y así completó la obra de mi salvación, entonces yo soy salvo, y puedo sentarme cómodamente y gozarme, pues no hay ninguna necesidad de esfuerzo ni de preocupación”. Ah, qué miseria es pensar que eres salvo, y luego retirarte a dormir en un rincón de tu reclinatorio. ¡Un hombre convertido, y gracias a ello, acurrucado sobre la cama de la pereza! Es ciertamente un terrible espectáculo, pero es algo muy común (2). Tales personas tienen muy poca o ninguna consideración por los que permanecen siendo inconversos. “El Señor salvará a los que le pertenecen”, afirman, y poco les importa si lo hace o no. Parecieran estar terriblemente temerosos de hacer la obra de Dios, aunque no hay ni la más mínima necesidad de tal temor, ya que ni siquiera harían su propia obra. Son personas presuntuosas, desconocedoras de la gracia de Dios, que ignoran que una parte importante de la salvación radica en el hecho de que somos salvados del egoísmo y de la dureza de corazón.

Concluir que gracias a que Cristo hizo tanto por mí ahora no tengo que hacer nada por Él es una inferencia que proviene del diablo;

tengo incluso que pedirle perdón al diablo pues pienso que él no es lo bastante vil para concluir eso respecto de la gracia de Dios. Ciertamente él nunca tuvo la oportunidad para intentar realizar un crimen tan detestable. Es despreciable a lo sumo que un hombre que está tan endeudado con el Señor Jesucristo concluya luego que la única consecuencia de su endeudamiento sea una indolencia egoísta. Un verdadero hijo de Dios no diría nunca: “Alma, tómallo con calma: tú estás muy bien: ¿qué importa todo lo demás?” Oh no; “El amor de Cristo nos constriñe”.

Cuánto más ennoblecedora, además, es una conducta como la del apóstol comparada con la de muchos cristianos profesantes. Yo no pretendo juzgar a nadie, pero les pediría que se juzgaran a ustedes mismos. Hay algunos, -y yo esperaría que sean cristianos; el Señor conoce a los Suyos- que efectivamente dan para la causa de Dios y que efectivamente sirven a Dios de alguna manera; pero el principal pensamiento de su vida no es Cristo ni es Su servicio, sino que sigue siendo todavía la ganancia de riquezas. Ese es su principal objetivo y todas sus facultades están orientadas en esa dirección. Hay otros miembros de la iglesia –quiera Dios que no los juzguemos- cuyo gran pensamiento es el éxito en su profesión. Yo no estoy condenando a quienes piensan así, pero la principal ambición del apóstol y la de los que eran como él, no era eso, sino algo más sublime. El principal objetivo de todos nosotros no debería ser nada del yo, sino servir a Cristo. Debemos estar muertos a todo menos a la gloria de nuestro Señor, viviendo con esta meta ante nosotros, con ese premio por el que debemos esforzarnos: que Cristo sea glorificado en nuestros cuerpos mortales. En nuestro negocio, en nuestros estudios y en todo, nuestro lema debe ser: Cristo, Cristo, Cristo. Ahora bien, ¿acaso no es una cosa mucho más noble que el hombre viva enteramente para Cristo y no para las riquezas, ni para el honor ni para uno mismo en cualquier forma? Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo.

¿No piensan también que un propósito como este proporciona mayor paz al espíritu? La gente va a juzgar nuestra conducta, y tengan la seguridad de que juzgarán tan severamente como puedan: si nos ven celosos y abnegados dirán de nosotros: “Vamos, ese hombre está loco”. Eso no nos importaría mucho si pudiéramos replicar: “Es para Dios”; y si dijeran: “Oh, ustedes, viejos estirados, cuán solemnes son ustedes”, no nos ofenderíamos si pudiéramos replicar: “Ah, pero es por el bien de otros que soy cuerdo”. Ustedes estarían muy poco turbados por las agudas críticas si supieran que su motivación es enteramente generosa. Si vivieran para Cristo, y

sólo para Cristo, no los abatiría nunca toda la animadversión de los hombres o de los demonios.

¿No piensan que una vida invertida únicamente para Jesús es más digna de ser considerada retrospectivamente al final, que cualquier otro tipo de vida? Si se llaman cristianos, ¿cómo juzgarían una vida invertida en hacer dinero? No puede pasar mucho tiempo antes de que encojan sus pies en la cama y entreguen su alma a Dios. Ahora, supongan que están sentados completamente solos en su habitación elaborando la hoja del balance final de su mayordomía. Cómo se vería si tuvieran que confesar: “He sido un cristiano profesante; mi conducta ha sido externamente decente y respetable, pero mi propósito primordial no fue la gloria de mi Señor. He vivido con el objetivo de juntar muchos miles de pesos, y lo he conseguido”. ¿Quisieras quedarte dormido y morir con eso como la consumación de tu vida? ¿O ha de ser: “He vivido para levantar en alto mi cabeza en la sociedad, pagar lo que me corresponde y dejar un poco para mi familia”? ¿Te dejaría satisfecho eso como tu reflexión postrera?

Hermanos, no somos salvados por nuestras obras, pero estoy hablando ahora sobre la consolación que un hombre puede extraer al considerar su vida pasada. Supongan que hubiera sentido el poder de mi texto, y que fuera capaz de decir: “He sido capacitado por la gracia de Dios, a la cual doy toda la gloria, para consagrar todo mi ser a la entera glorificación de mi Dios y Señor; y por muchos que hubieren sido mis errores -y son muchos- y mis descarríos y fallas -y son incontables- con todo, el amor de Cristo me ha constreñido, pues yo juzgué que morí en Él, y desde entonces he vivido para Él. He peleado la buena batalla. He guardado la fe”. Vamos, me parece que valdría la pena morir de esa manera. Ser constreñido por el amor de Cristo produce una vida heroica, exaltada, ilustre; no, tengo que bajarme de esas sublimes palabras: es la vida que todo cristiano debería vivir; es una vida que todo cristiano tiene que vivir si realmente es constreñido por el amor de Cristo, pues el texto no dice que el amor de Cristo debería constreñirnos, sino declara que en verdad nos constriñe. Varones y hermanos, si no los constriñe a *ustedes*, júzguense ustedes mismos, para que no sean juzgados y hallados faltos al final. Que Dios nos conceda que podamos sentir el amor de Dios derramado abundantemente en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Colosenses 1: 12-29; 2: 1-15.

Nota del traductor:

(1) El pastor Spurgeon ofrece aquí una pequeña modificación al texto en inglés de la Biblia. La versión King James expresa el texto así: "Then were all dead", y el pastor lo presenta así: "then the all died", que coincide con nuestra versión Reina Valera: "Luego todos murieron". Por esa razón hace el comentario sobre la traducción más exacta posible.

(2) El pastor Spurgeon hace uso de la ironía en estas frases. En inglés está expresado así: "Ah, what a mercy to feel that you are saved, and then to go to sleep in the corner of your pew". La traducción literal sería: "Ah, qué misericordia es pensar que eres salvo, y luego retirarte a dormir en un rincón de tu reclinatorio". En español se perdería el sentido irónico y más bien confundiría a los lectores u oyentes. Por eso lo traducimos: "Ah, qué miseria es pensar que..." De igual manera dice: "A pretty sight surely...", es decir: "Un bello espectáculo...", que nosotros traducimos, por la misma razón anterior: "Es ciertamente un terrible espectáculo..."

Traductor: Allan Román

13/Octubre/2011

www.spurgeon.com.mx